

recibir su amable yugo y presentar la espalda para que descargue los azotes que quiera. Acordáos de que el consuelo mas puro consiste en padecer con Jesucristo; que son increíbles los frutos que cogereis de la paciencia, porque por ella purgareis vuestros pecados, os preservareis de caer en otros mayores, os perfeccionareis en la caridad y os asemejareis al rey del cielo; y que si los santos que están en las moradas eternas, pudieran envidiar alguna condicion, sería la de los que padecen por Dios y con Dios como vosotros.

VI. Vaya vuestra paciencia acompañada de una verdadera mansedumbre cristiana, y nunca os acontezca murmurar de este ó de aquel, ni acusar á nadie, ni conservar ira ó encono en vuestra alma contra aquellos que os han proporcionado males. Besad mas bien la mano de Dios que os aflige; pedid por ellos de todo corazon y procurad tenerlos por los mejores amigos, pues os proporcionan el mayor bien de todos. Mostrad este sentimiento en lo exterior, y que experimenten ellos los efectos de un corazon verdaderamente cristiano cuando se ofrezca la ocasion. No aguardeis á que vengan á buscaros aquellos á quienes habeis ofendido; antes id vosotros á buscarlos: ese es el medio de ganar los corazones mas fieros, alcanzar el perdon de sus pecados y llegar en poco tiempo á una altísima perfeccion.

VII. Por último tened siempre presente esta máxima de S. Gerónimo: que no basta haber principiado bien: que entre los cristianos no tanto se atiende á los buenos principios como á los santos resultados; y que entre todas las virtudes que bajan á la palestra, sola la perseverancia es coronada. Levantad á menudo los ojos á aquel que os espera al fin de la carrera, y que para alentarnos se burló de sus enemigos, cuando le incitaban á bajar de la cruz y dejar imperfecta nuestra redencion. Confortáos con el pensamiento del descanso eterno que

no os puede faltar, y mucho mas con la consideracion del gusto que el cielo todo recibe de veros en la pelea, especialmente el rey Jesus, que os prepara la palma y la corona, así como os hizo partícipes del combate. En esos devotos afectos como en una hoguera celestial se encenderá y conservará el fuego de un deseo ardiente de padecer siempre mas por Dios, el cual consumirá en vosotros todo lo que pudiera ser contrario al amor puro, y os llevará al empireo, donde nunca se extingue ese fuego celestial.

§. IX.—De su admirable mansedumbre y cómo debe ser imitada por todos (1).

Segun el angélico doctor la mansedumbre es una apacibilidad de espíritu que proviene de cierta bondad de corazon y tiene horror á todo aquello que puede contristar al prójimo. Esta es la razon por que está estrechamente unida á la caridad y ocupa un lugar entre las principales virtudes. S. Basilio la llama la mayor de todas (2), y dice que por ese motivo mereció figurar entre las primeras bienaventuranzas. Esta consideracion debiera de bastar para persuadirnos á que la madre de Dios no podia menos de tenerla en un grado muy excelente. Con efecto si la caridad fué en ella tan perfecta como hemos visto; ¿no es preciso que fuese muy completa la mansedumbre, que la acompaña siempre? Si la mansedumbre es una virtud régia, segun vemos por S. Ambrosio (3); ¿hubiera sido congruente que no la poseyese en toda perfeccion la reina del universo? Si en frase del Crisóstomo (4) esa es una de las primeras pren-

(1) Véase la adición de la madre Maria Jacoba de Blemur, que va en la nota N al fin del tomo.

(2) S. Bas., in ps. XXXIII.

(3) Lib. 2 offic. 7.

(4) Homil. 23 ad popul. antioch.



das de una buena índole; ¿cómo había de faltar á la que la tenia tan cumplida, según vimos en el capítulo V del tratado primero? Recordemos que el elocuente S. Ambrosio pintaba con vivos colores la mansedumbre de la Virgen como la mejor parte de su excelente índole. Si esa es una propiedad casi inseparable del espíritu maternal; ¿á quién debía de convenir mejor que á la madre amorosa de los hijos del Salvador? Si este mismo Señor que fué manso por excelencia, recomendó tan particularmente esta virtud (1); ¿cómo la Virgen que era el alma de su escuela celestial, había de hacer poca estima de aquella? Resta pues que haya buenas razones para que la santa iglesia la llame virgen mansísima despues de llamarla singular, y asegure que tan precioso título le conviene excelentemente entre todos los otros.

*La mansedumbre de la Virgen fué muy cordial.*

-I. Si se me quiere obligar á proponer algunas de las propiedades mas notables de esta virtud, según he hecho hasta aquí con las otras, diré que la mansedumbre de la Virgen fué muy cordial, muy obsequiosa y muy amable. Digo muy cordial, porque nos equivocáramos mucho figurándonos que la mansedumbre de Maria no pasaba de los labios y consistia solamente en palabras dulces, en afectadas ofertas de vanos servicios y otros muchos cumplidos de ese jaez, que son los caractéres ordinarios de la civilidad cortesana. Era la Virgen demasiado sincera para que se entretuviese en esas apariencias artificiales y en esos ademanes estudiados: ella no supo nunca lo que era ficcion, ni disimulo. Su mansedumbre estaba en el fondo del corazon, el cual tenia un temple

(1) Véase la edición de la obra de S. Ambrosio, in pag. XXXIII. (2) S. Basilio, in pag. XXXIII. (3) Lib. 2.º cap. 7.º (4) Homil. 23.º de populo.

(4) Mat., XI.

tal, que no podia saber la tribulacion ajena sin enter necerse. Las miserias comunes eran las suyas propias, y nadie podia creer que fuese extraño para ella. Así decia con S. Pablo y mas verdaderamente que este apóstol: ¿Hay alguno que esté enfermo y no sienta yo sus enfermedades, ó que se escandalice y su escándalo no abraze mi pecho? Ella podia decir con Job y mejor que él que la bondad y la mansedumbre nacieron con ella del vientre de su madre y se criaron con ella. Podia decir á Dios con David y con mas razon que él: «Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre;» porque si hubo jamás un corazon tierno, compasivo y benigno, fué el de la madre de Dios.

*La mansedumbre de la Virgen fué muy obsequiosa.*

-II. A mas de cordial la mansedumbre de la Virgen era muy obsequiosa: no se reducía á sentimientos, sino que se manifestaba por las obras y había penetrado en todas las potencias de su alma y en todas las partes de su cuerpo. La Virgen amaba verdaderamente la soledad mas de lo que se puede imaginar; pero preguntemos á S. Ambrosio (1) si esto la impedia de salir cuando la llamaba alguna necesidad del prójimo. El santo doctor asegura que estaba siempre pronta para socorrer á los necesitados, visitar á los enfermos, consolar á los tristes y cargar, si hubiera sido posible, con todo el peso de los desgraciados. Si le faltaban facultades para asistir á los menesterosos, los consolaba á lo menos con palabras y les hablaba en tales términos, que quedaban cien veces mas satisfechos que de la asistencia de los otros. Si no podia hacer ni lo uno, ni lo otro, en tal

(1) Lib. 2.º de Virg. cap. 7.º



caso empleaba sus caritativas oraciones, que no dejaban nunca de alcanzar algun resultado favorable para aquel por quien las interponia.

*La mansedumbre de la Virgen fué muy amable.*

III. Esto hacia tan amable su mansedumbre, que era imposible no amarla con pasion. Que no me hablen de Moisés, de quien dice la Escritura que fué el hombre mas manso de cuantos vivian en su tiempo (1): que no me diga el santo Job que sus criados le tenian tanto cariño, que hubieran querido digámoslo así comerle y devorarle á caricias: que no venga S. Ambrosio (2) con su dulce elocuencia á mostrar á David como el verdadero dechado de un principe amable por su mansedumbre, porque si creen entrar en comparacion con la virgen María, yerran la cuenta. Pero no piensan tal cosa: su humildad tiene demasiadas raices para descomedirse hasta ese punto, y ademas ven claramente que Dios habia reservado á esta criatura para erigir en ella el altar de la clemencia en el cielo y hacerla el amor y las delicias de todas las naciones de la tierra. Con efecto obsérvese y se verá que en todas partes el concepto de mansedumbre de la madre de Dios se ha arraigado tan profundamente en los corazones, que seria mas fácil concebir al hombre sin razon ó el fuego sin calor que comprender á María sin mansedumbre. Los mismos que no saben qué es amar, sienten que se enternecen sus corazones cuando les pasa por la mente la madre de amor y de bondad.

IV. Aquí me parece que la veo volverse hácia sus queridos hijos y dirigirles las palabras que Jesus decia

(1) Num., XII.

(2) Lib. 2 offic., cap. 7.

á sus discipulos: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. No quiero que vayais á otra escuela que á la mia despues de la de mi hijo para aprender esta virtud. Deseo que esteis obligados á vuestra buena madre por haberos servido de dechado perfecto de la mansedumbre cristiana. Así os pido ante todas cosas que dejéis á los hijos del siglo esa bondad ceremoniosa, que está en la punta de la lengua y solamente consiste en palabras y cortesías. A vosotros os dejo por herencia la verdadera mansedumbre de corazon y quiero os asemejéis á la esposa, la cual no solamente tiene la miel en la boca, sino la leche que nace de los pechos. Dígase cuanto se quiera: despues de bien pensado se hallará que un buen corazon es la mejor prenda del hombre de bien. Llamo buen corazon el que está verdaderamente bañado en mansedumbre y lleva la marca de la sinceridad. Esas son las dos calidades del corazon de mi amado hijo: esas son las que he procurado tener singularmente despues de él: con esas cambió de aspecto el mundo en cuanto se hizo cristiano. Cuando consideréis que el Salvador quiso mejor perder la honra, la salud y la vida que desdeñarse en nada de su mansedumbre acostumbrada; que amó con tanta ternura á los que le perseguian de muerte, y que os pide en la cruz que guardéis para las almas á quienes va á redimir con su sangre, el mismo corazon que teneis para él; ¿dejareis de estimar lo que él quiere tanto (1)?

V. Si nuestra mansedumbre es cordial, pronto se hará obsequiosa, porque el corazon tiene extraordinaria influencia en lo demas, y nada hay mas fácil para él que poner en movimiento todos los afectos del alma. Inme-

(1) Véase la adición de la ta O, puesta al fin del tomo. madre M. J. de Blemur en la no-



diatamente formará á nuestro espíritu en la afabilidad y le hará accesible á toda clase de personas. Derramará arroyos de leche y miel en nuestra lengua y la hará instrumento acomodado para mitigar las amarguras de los que padecen. Ella llenará nuestras manos de beneficios y nos hará encontrar una satisfaccion indecible en derramarlos. Ella pondrá alas en nuestros pies y les dará la celeridad del gamo, cuando haya que socorrer á los desgraciados. En fin ella será la que dé vida y movimiento á todos nuestros afectos. Por lo demas si puede algo para con el lector el deseo de seguirme y complacerme, le ruego que las mejores pruebas de su mansedumbre las dé siempre en favor de aquellos que le causen mas repugnancia. Esta virtud será mas pura, cuanto menos se deje llevar de motivos humanos; y cuanto mas imite la mansedumbre de Dios, menos buscará su propia satisfaccion. El tráfico mas lucrativo que se puede ejercer para ganar el cielo, y uno de los servicios agradables que se pueden hacer á Dios, consiste en sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo y las contradicciones de los genios y de la condicion de cada uno. La ganancia será grandisima y tanto mayor cuanto mas ordinaria y cuanto mas se acerque al ejercicio de la caridad (1).

S. X.—De la perfecta resignacion de la Virgen y cómo debe ser imitada por todos.

*La resignacion de la Virgen fué muy humilde.*

I. La resignacion en la divina voluntad, que es el centro y la suma de todas las virtudes cristianas, fué en

(1) Véase la adición de la que va en la nota P al fin del tomo. madre María Jacoba de Blemur, tomo.

la Virgen muy humilde, cabal y tranquila. Fué muy humilde en la estimacion que nuestra señora tenia de sí misma, porque comparándose con todas las criaturas se consideraba como nada y comparándose con Dios se tenia en menos que nada. Fué muy humilde, porque para conformarse enteramente con las disposiciones de Dios bajó hasta el grado mas infimo de servidumbre de que podia tener conocimiento; de suerte que cuando pronunció estas palabras, en que mostró al mundo su extraordinaria resignacion: Yo soy la sierva del Señor, hágase en mí segun su palabra; tenia en la mente todas las ideas mas bajas que puede concebir un entendimiento en punto de sumision. Decia mas que Abraham cuando se llamaba polvo y ceniza, y mas que David cuando se reputaba por un perro muerto, por un mosquito y por un gusano. En fin hacia solemne protesta de aceptar los decretos de Dios en la condicion mas baja que pudiera caber á una criatura. Fué muy humilde, porque se sujetó á su soberana voluntad teniéndose por enteramente indigna del cuidado que él se servia tomar de su conducta, y extrañando infinito que su adorable grandeza se dignase de acordarse de ella y tenerla en consideracion.

*La resignacion de la Virgen fué muy cabal.*

II. Fué muy cabal, porque no tuvo límites y porque sujetó la Virgen á la voluntad de Dios sin medida, ni restriccion. Con efecto aunque las palabras indicadas parecia que se encaminaban directamente á la aceptacion de la oferta que se le hacia de concebir al Verbo, no obstante es muy cierto que ella interiormente daba carta blanca á Dios para escribir en su alma absoluta y generalmente todas sus voluntades. Decia con David de todas veras: Mi corazon está dispuesto para ser gobernado como tu



divina majestad quiera dirigirle: que me ensalce ó que me abata, que me haga grande ó pequeña, que se valga de mí ó que no se valga, que haga como le parezca, yo no tengo mas que decir sino que estoy enteramente entregada á su divina providencia. Si dispone de mi vida natural para la salud ó la enfermedad, para la robustez ó la flaqueza, no tengo mas inclinacion á un estado que á otro. Si dispone de mi vida civil para la honra ó la deshonra, para el trato ó la soledad, para el favor ó el desfavor, mi corazon nunca se inclinará mas que al lado donde se manifieste su voluntad. En cuanto á mi vida espiritual quiero que se haga enteramente en mí su santa voluntad para adelantar ó atrasar, para la abundancia ó la escasez y en general para todos los accidentes y vicisitudes que la acompañen hasta la medida de la gracia y de la gloria.

*La resignacion de la Virgen fué muy tranquila.*

III. Fue muy tranquila, porque la Virgen descansó con respecto á todo lo que tocaba á ella, en el cariño paternal de Dios. La paz de su alma fue tan grande, que nunca se alteró por suceso alguno. Ni siquiera queria pensar en lo que podia serle provechoso ó perjudicial, por no desconfiar en lo mínimo de la diligentísima caridad del que pensaba bastante en ella. Hasta hubiera deseado no tener otra voluntad que la de Dios, para que este lo hiciese todo en ella sin cooperar ella con el menor movimiento de su parte. ¡Oh cuán dulcemente descansaba esta casta amante en el seno de su amado! ¡Oh cómo se deleitaba en paladear el santo olvido de sí y la memoria de Dios! ¡Oh qué contento era para el esposo de su corazon tenerla estrechada sobre su pecho y estorbar que nadie turbara su sosiego! ¡Oh con qué encarecimiento ro-

gaba á las hijas de Jerusalem que no interrumpieran su sueño, ni la despertaran por ninguna consideracion! ¡Oh qué eficaz es el ejemplo que ella dió á sus queridos hijos de una tranquilidad enteramente resignada y de una resignacion enteramente tranquila!

IV. Pero ¿quién me dará entendimiento y palabras para declarar la obligacion que tienen de imitarla, y los frutos que deben de esperar de esa santa imitacion? ¿Quién me ayudará á publicar lo que comprendo de la alteza de una resignacion humilde, cabal y tranquila á ejemplo de la de la madre de Dios? ¿Quién dispondrá los corazones de los siervos de Maria, para que se echen en los brazos de la divina providencia con esas tres condiciones, que son como un cordel con tres lazadas para tenerlas inseparablemente unidas al principio de su felicidad? Resignacion humilde: ¡qué admirable es esta expresion! Resignacion cabal: ¡oh colmo de la perfeccion! Resignacion tranquila: ¡qué piélago de dulzura! Resignacion humilde: ¿dónde hay cosa mas razonable en el mundo? Resignacion cabal: ¿dónde hay cosa mas útil? Resignacion tranquila: ¿dónde hay cosa mas deleitable? Resignacion humilde: si, debe de serlo por todo derecho; porque ¿quién se atreverá á preguntar á Dios por qué dispone de él de este ó del otro modo? ¿No es el alfarero que nos tiene en sus manos como una porcion de barro? ¡Qué osadia querer averiguar por qué nos ha hecho grandes ó pequeños! ¿No es el piloto que dirige la nave de nuestra vida? ¡Qué presuncion querer residenciar su conducta ó informarse por qué toma tal ó cual rumbo! ¿No es el dueño de nuestras acciones y de todo lo que tenemos ó somos? ¿Y cómo hemos de resistirnos á sus designios? ¿No es el médico soberano de nuestras almas? ¿Creeremos nosotros saber mejor que él lo que es necesario para nuestra curacion? ¿No es nuestro padre, nuestro rey y nuestro soberano? ¿No dispone de noso-



tros con una sabiduria, una bondad y una prudencia infinita? ¿Cómo pues hemos de hacer otra cosa que adorar y recibir á ojos cerrados sus disposiciones? En lo antiguo hubo discípulos en las aulas de los filósofos, que no querian mas razon que la palabra de sus maestros para creer y profesar sus doctrinas; ¿y no nos bastará á nosotros para aceptar los diversos accidentes de la vida el saber que Dios los envia y que Dios lo ha dispuesto asi para su gloria y nuestra felicidad? Esta sola expresion *Dios lo quiere* es capaz de hacer temblar al cielo, de llenar de horror al infierno y de trastornar la naturaleza entera; ¿y no bastará para que un ruin gusanillo se sujete á las leyes de la majestad divina?

V. Pero aun hay que hacer mas, y es que nuestra resignacion sea entera y completa; porque ¿á qué fin se ha de dividir sujetándonos á una disposicion de Dios y no á otra? ¿No son todas ellas santas, sabias y divinas? Pues ¿por qué hemos de hacer distincion resistiendo á unas y consintiendo otras? El girasol tiene la propiedad particular de que no solo toda la flor, sino cada hoja y cada fibrilla giran con el sol; pues ¿por qué el corazon humano no ha de imitarle en una perfeccion que le es tan natural? ¿Por qué no ha de ajustar todos sus planes y movimientos á la voluntad de Dios? Esta voluntad hizo correr á los santos en pos del Señor: ella los hizo abrazar la cruz, despreciar los deleites, aceptar la muerte, padecer alegres los trabajos y tribulaciones y morir contentos en los suplicios. La seráfica santa Catalina de Génova tenia en tanta estima este punto, que no habia para qué preguntarle qué queria ó qué deseaba, porque nunca respondia otra cosa sino que queria ó deseaba lo que era y lo que hacia en el instante de preguntárselo. El jugo y la sustancia de todos sus documentos espirituales era que el alma ejercitándose continuamente en las buenas obras segun los deberes del estado y profesion no qui-

siera, ni deseara cosa alguna mas que lo que era y lo que hacia en cada instante de su vida.

VI. Y supuesto que se trata de llevar el discurso hasta el punto de esta virtud celestial, que es la paz y la mansedumbre poseidas por su medio, la misma santa acostumbraba llamar reina del cielo y de la tierra á esa resignacion, porque no está sujeta á ninguna cosa, ni nada puede causarle congoja, tristeza ó tedio. Decia que si pudiera ella declarar con palabras lo que veia y concebía de tan maravillosa virtud, no habria corazon por altivo y obstinado que fuese, que no se amansara y aborreciera la voluntad propia mas que al diablo y al infierno. Decia que esta resignacion le servia de muro tan fuerte entre Dios y lo que no es Dios, que aun cuando todos los deleites de la carne y del mundo hubieran sido cañonazos parecidos á los rayos del cielo, no habrian podido conmover la piedra mas chica. Decia que si hubiera caido en el infierno una sola centella de aquel fuego celestial que abrasaba su pecho, habria bastado para trocarle en paraiso y convertir los demonios en serafines, porque habria aniquilado toda la rebeldia que tienen contra Dios, quitada la cual no quedaria diablo, ni infierno. Santa Magdalena de Pazzis corria á veces por los claustros del convento del Cármen en Florencia con los ojos alzados al cielo y repitiendo estas palabras: Voluntad de Dios, voluntad de Dios; y si encontraba á alguna religiosa, la detenia, la cogia de la mano y le decia con el rostro encendido: «Hermana mia, ¿no saborea la dulzura que hay oculta en estas tres palabras: *voluntad de Dios*? Yo por mi parte tengo tal idea de ellas, que si supiera ser la voluntad de Dios que padeciese las penas del infierno, yo misma me precipitaria en él.» Imaginen de esto lo que quieran los espíritus profanos: por mi juzgo que si tuviéramos tanta resignacion como esas buenas almas para recibirlo todo de la mano de Dios, gozaríamos de



las mismas gracias y estaríamos animados de los mismos sentimientos. Aunque la dureza de mi corazón me lo impida, á lo menos no dejaré de envidiar la condición de esos Benjamines de la providencia, que descansan tranquilos en los brazos del Señor y en el seno del amor y la misericordia y tienen á su disposición el torrente de las delicias que jamás hastian, sin poder ser separados de allí sino por su propia voluntad. Continúen siempre firmes en la fuente de todos los verdaderos contentamientos; pasen de las delicias de esta vida á las de la otra para contemplar el bien que poseen ya sin conocerle; y allí esten perpétuamente unidos á la divina voluntad, de la que no pudo separarlos nadie en la tierra (1).

S. XI. — Cómo debe ser imitada en particular por las vírgenes.

I. No ignoro que la Virgen es el sol brillante que despide los claros rayos de sus ejemplos admirables no solo sobre todas las iglesias, como vemos por el oficio divino, sino sobre todas sus partes; que es el bálsamo oloroso que se percibe donde quiera, y la vid lozana y fértil que con las ramas de su santa protección abarca todo el ámbito de la tierra y la regocija con la flor de sus excelentes virtudes. Pero me acuerdo también de la observación de S. Ildefonso: que las mujeres tienen especialísima obligación de imitarla, porque ella ensalzó indeciblemente su sexo y fué el honor de él. Esto me obliga á mostrarles en particular cómo han de expresar en sus costumbres los rasgos de perfección que les ha puesto delante.

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Blemur, la nota Q

II. El primer lugar corresponde á las vírgenes, de quienes dice S. Cipriano que son la flor del jardín de la iglesia, el ornamento y la gloria de la gracia espiritual, la muestra y la esperanza de la santidad, la obra acabada de distinción que nunca se empañó, ni echó á perder, el verdadero retrato de Dios sacado al vivo del castísimo cordero su hijo, la grosura del rebaño del Salvador, el gozo y contento de la iglesia, que es la madre común de todos los cristianos, cuya fecundidad aumenta á medida que pare vírgenes. Voy á ponerles delante con S. Ildefonso un espejo: cuanto mas á menudo se lleguen á él, mas semejantes y agradables á su esposo se harán. Este espejo será la madre del mismo esposo. Voy á presentarles con S. Ambrosio una imagen, cuyas pinceladas serán otros tantos prodigios de castidad y modelos de virtud. Voy á darles con S. Juan Crisóstomo una maestra, que será la guardadora fiel y la depositaria segura del tesoro que llevan. Será la abanderada de las vírgenes y la Virgen por excelencia cuya naturaleza y sustancia se separará tan pronto como se separe de ella el título honroso de Virgen; porque como dice S. Epifanio, ¿quién se ha atrevido jamás á nombrar á María sin añadir al punto la calidad de virgen? Así sepan todos que á la manera que Abraham mereció para siempre el nombre de amigo de Dios, y Jacob fué llamado Israel, es decir, el que ve á Dios, asimismo mientras haya criaturas María será apellidada siempre la Virgen á pesar del infierno, y nunca le será arrebatado este título.

III. A decir verdad tanto mérito habia en ella para ser digna madre de Dios como congruencia en que quedase siempre virgen. A la virginidad se debía, dice San Ambrosio, la prerogativa de parir la salud del mundo y la vida de todos; y como observa muy oportunamente S. Bernardo, si Dios habia de ser concebido, no podia serlo sino por una virgen, y si habia de parir una virgen,